

CUANDO René Arturo Despouey, a poco de terminar la novela que hoy lanza a los vientos encontrados de la publicidad, en un afán legítimo de enfrentarse con el público y arrancarle a fuerza de talento sus simpatías y su aplauso —anhejo supremo de todo artista— me pidió una página para colocarla en la antesala de su libro a manera de prólogo, le prometí, complacido, satisfacer su deseo, en mérito al recuerdo que guardaba de su actuación brillante en las clases liceales de literatura, y, especialmente, a su correcta actitud de estudiante siempre atento a las más ligeras insinuaciones del profesor, y siempre el primero en la lucha leal por las notas más altas en los ejercicios escritos y respuestas orales de reglamento. Y accedí de inmediato a la solicitud de mi ex-discípulo, a pesar de la resolución en contrario adoptada muchos años atrás, cuando mi modesta firma era a los libros lo que determinadas personas a los lances personales: el padrino obligado de preparar el duelo entre el autor y los lectores, —porque la simpatía que me inspirara durante el tiempo que frecuentó los cur-

sos de castellano, en la que había no poco interés — provocado también por su figura esbelta, delgada, pálida sólo por el color de la piel, ya que el fuego de su alma se desparramaba copiosamente por los ojos expresivos y la palabra emocionada — ha ido en lógico aumento como consecuencia de la perseverancia con que ha continuado sus estudios y de la inclinación que hacia las letras — una de las más inofensivas debilidades de mi vida — reveló desde los bancos universitarios. Fruto de esa noble inclinación es la novela que ofrece a la curiosidad del lector, concebida y escrita con todo el entusiasmo de la juventud, cuando la existencia no ha podido aún abrir brecha alguna en el espíritu, y el optimismo, pese a las frases amargas que esmaltan las primeras páginas de todo escritor novel moderno, es la flor más perfumada del alma que las anima, y que asoma, traviesa y atropelladora, como queriendo triunfar sobre tendencias y actitudes extemporáneas, a lo largo de un estilo elegante, cuidado exageradamente, con resabios de lecturas excesivas y no siempre bien digeridas. Ensayo de un género que seduce a todo debutante, como lo es la narración novelesca, "Santuario de extravagancias" constituye la revelación, antes que la afirmación definitiva, de un espíritu y un temperamento originales en formación, que si todavía no sabe del mundo más que lo que ha observado a través de sus pocos años, insuficientes para acercarse al verdadero centro de la verdad y la belleza, descubre en muchos de sus rasgos condiciones apreciables para andar por él,

en tiempo más o menos lejano, con paso seguro y mirada despierta, siempre atento a las menores sugerencias del ambiente que respira y siempre angustiado por el afán de penetrar hasta la entraña de muchos problemas que aparentemente carecen de solución. Porque a pesar de sus pocos años —que no le permiten, todavía, alardear de Hombre en toda la plenitud de sus deberes y derechos, — hay en Despouey una serenidad de criterio poco común en la edad propicia para los jugueteos de imaginación, las aventuras fantásticas y los ideales extremados. Ya bastante melancólico, y a veces taciturno, con todas las peculiaridades de un organismo dado a las extravagancias románticas, era el joven escritor en las aulas, en medio al torbellino de los recreos como en la quietud de las clases, algo nervioso cuando de dar respuesta rápida a una pregunta se ofrecía, equilibrado y brillante cuando de confiar a la palabra escrita y al silencio meditativo la tarea de un ejercicio literario o de simple observación. La anhelada y casi siempre rebelde S de las notas clasificadoras señalaba todos los meses, como si fuera la divisa de su labor de estudiante, la elevación de su conducta, y le ganaba día a día mayores consideraciones de sus profesores y compañeros de estudio. No es extraño, pues, que de pronto sorprenda gratamente a los que le conocen con este primer retoño de su ingenio, deslumbrante en giros retóricos como un lienzo de puesta de sol, y generoso, imaginado y escrito con pródiga afluencia de ansias y deseos de expandirse, como las prime-

ras sensaciones que el hombre exterioriza apenas se considera dueño del secreto de hacerlas tangibles por la palabra, el gesto, el color, el barro, o los balbuceos del niño que se afana por traducir en sonidos articulados los primeros estremecimientos de su alma en gestación.

¿Ha escogido Despouey la senda literaria a seguir en lo porvenir? ¿Acaricia ya un concepto definido de las letras, hoy víctimas de mil diferentes interpretaciones, no siempre claras y justas? La juventud es temeraria, y, por lo tanto, resuelta. Ni conoce el peligro ni teme al ridículo. Tiene, además, la inconsciencia necesaria para las empresas más audaces y la generosidad y lealtad que justifica y aún disculpa muchos errores, muchos tropiezos, que después de todo no perjudican más que a quienes los cometen. Si escribir es manifestarse, si escribir es reflejarse, Despouey anuncia con este primer tanteo una virtud singular y apreciable en alto grado: la sinceridad. Es sincero en su obra primeriza, como lo es en su vida recién abierta a las borrascas humanas, lo que nos da como resultado esa emoción íntima, comunicativa — que al decir de un escultor moderno de la prosa, “es cosa divina y maravillosa, que nos aturde con músicas arrebatadoras” — que nos empuja a ser condescendientes con quien tal sentimiento de simpatía despierta en nosotros. El solo esfuerzo de componer un buen libro es ya un mérito, doblemente encomiable en una época en que todos los valores han sufrido un vuelco absoluto, y en que no hay aspirante a escritor,

a literato o a filósofo, que no haya venido al mundo con su volúmen debajo del brazo, como los héroes de la antigua leyenda nacían fatalmente a orillas de un río, o en lo más apartado de un bosque, para que los dioses los recogieran y los unguieran con el óleo del valor, de la hermosura, del genio y de la inmortalidad. Si al avanzar en la lectura de este volúmen, augural de otros mejores y más sólidos, salen a nuestro encuentro páginas que nos desconciertan y atrevimientos que nos sacuden involuntariamente, otras han de desfilar en seguida que nos resarcirán con creces del contraste sufrido, por la sustancia que contienen, por la armonía del estilo que las enaltece, por el colorido de la narración que las decora, por el fuerte soplo de vida saludable con que refrescan nuestra mente y nuestra alma, y sobre todo, por aquella espontánea emoción de que antes hablaba, que, al desbordarse fuera del volúmen, como río que encuentra estrechas sus riberas para correr libremente, se apodera de nuestro espíritu y lo hace más tolerante, más sensible a la comprensión y al amor...

EDUARDO FERREIRA.
